

#### 4. Sed de cumplimiento

Cuando Jesús clama desde la cruz: "Tengo sed", y luego, después de haber tomado el vinagre, dice: "Todo está cumplido" (Jn 19,28.30), expresa precisamente la coincidencia imposible de la alegría y el dolor que experimentó en el deseo cumplido de la voluntad del Padre.

¿De quién tiene sed Jesús en la Cruz? ¿A qué aspira su corazón? "Todo está cumplido - ¡*Tetelestai!* ", dice, inclinando la cabeza y expirando. Nuestro corazón tiene sed de cumplimiento, de plenitud. Pero, ¿de qué plenitud habla Jesús? ¿Qué plenitud ve cumplida en su sed, en el vinagre que le dan de beber y, finalmente, en su muerte? Juan lo entendió, lo vio, lo enfatizó, como de hecho los otros evangelistas, con cada paso de la Pasión: la plenitud que Jesús ve cumplida es la de las Escrituras. Y para Jesús las Escrituras no son sino la expresión y la descripción de la voluntad del Padre.

El padre de un joven amigo, enfermo de cáncer, leía un libro mío en las últimas semanas de vida, y decía que si nos hubiéramos encontrado me habría preguntado por qué en el Evangelio se insiste tanto en la expresión "para cumplir las Escrituras". No podía entender la razón de esta insistencia, que le parecía exagerada y un poco superflua. No nos pudimos encontrar, y, por esto, su pregunta me llegó después de su muerte, y ahora él recibirá la respuesta directamente de Dios.

Verdaderamente, la preocupación de los evangelistas era sobre todo la de mostrar que Jesús era el Mesías esperado por Israel, y que su vida, especialmente su pasión, muerte y resurrección, fue anunciada por las Escrituras, y que Jesús vino también para iluminar lo que las Escrituras anunciaban y que no podía ser entendido antes de que esto sucediera. Pero es verdad que esta explicación no es suficiente, porque sería como si el cumplimiento de las Escrituras en Cristo sirviera solo para nosotros. En cambio, tenemos que pensar que el cumplimiento de las Escrituras sirvió principalmente para el mismo Jesús, fue importante también para Jesús mismo. Porque a través de esto, Jesús meditaba en el cumplimiento en su vida de la voluntad del Padre, y esto, por así decirlo, confirmaba y alimentaba su obediencia filial y agradecida.

La alegría plena de Cristo fue, de hecho, la de ver llegar y cumplirse para Él y junto a Él la voluntad del Padre. Cuando dieron vinagre a Jesús, cómo no iba a pensar en el Salmo 68: "Cuando tuve sed, me dieron a beber vinagre" (Sal 68,21). Es decir, hasta el último momento, cada sufrimiento suyo, cada herida, cada gesto de odio y de desprecio que padecía, cada sentimiento, incluso el de ser abandonado por Dios - "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Sal 21,2) -, en todo Cristo ve cumplirse la Escritura, y esto le confirmaba que lo que estaba sucediendo no era sino la voluntad del Padre, no la voluntad de los escribas y los fariseos, ni la voluntad del sumo sacerdote y el Sanedrín, ni la voluntad de Pilato o Herodes, sino la voluntad del Padre. Y esta era la alegría plena de Jesús, el cumplimiento de su corazón.

¿De qué manera debió de sentir Jesús como propias las palabras del Salmo 39! "Tú no te complaces en los sacrificios ni en las ofrendas; tampoco has pedido holocaustos ni ofrendas para quitar el pecado. En cambio, me has abierto los oídos. Por eso he dicho: «Aquí estoy», tal como el libro dice de mí. A mí me agrada hacer tu voluntad, Dios mío [esta es toda mi alegría]; ¡llevo tu enseñanza en el corazón!" (Sal 39,7-9)

Cuando se nos da una palabra de la Escritura, cuando la comprendemos como una palabra para nosotros, inesperada, que podría quizá contradecir lo que estamos viviendo o la manera en la que estamos viviendo, es importante que entendamos que estamos llamados a entrar en esta alegría paradójica de Jesucristo, y nuestros encuentros y nuestras meditaciones deberían siempre ayudarnos a entrar en esta conciencia, esta "comprensión del fin" de la vida y del corazón, como me sugirió el título del salmo 41.

¿Es también posible para nosotros encontrar la plenitud de la alegría en el cumplimiento de la voluntad del Padre, en toda circunstancia y sentimiento de la vida? ¿Es posible para nosotros tener la experiencia del alma de Cristo, de aquella coincidencia de alegría y de dolor, o más bien, de esta alegría en el dolor cuando apenas constatamos que lo que está sucediendo es un hacerse la voluntad de Dios? Por supuesto que sí, porque Cristo no ha vivido nada como hombre si no es para comunicar su experiencia.

Al pie de la Cruz, María acoge de su Hijo su misma experiencia y la acepta, y enseña a Juan a hacer lo mismo. En su inmenso dolor permanece en silencio, ya que permanece a la escucha, "lee" con Jesús y en Jesús el cumplimiento de la Escritura, de la voluntad de Dios, del plan de Dios al que desde el principio dijo "sí". Mejor: dijo "¡*Fiat!*", que es más que simplemente decir "sí". *Fiat*, que significa "suceda", "acontezca", "hágase", "tenga lugar", es un "sí" que se abre al acontecimiento que Dios realiza mediante el cumplimiento de su Palabra. "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra." (Lc 1,38)

María responde de esta manera inmediatamente después de que el ángel le dijo que "nada es imposible para Dios" (Lc 1,37). Ahora bien, si se toma el texto literalmente, este verso podría ser traducido como: "no va a ser imposible para Dios cada palabra", como de hecho ha traducido la Vulgata: "*non erit impossibile apud Deum omne verbum*".

Así, María hace de eco a la Palabra de Dios, que puede y quiere hacerse acontecimiento en ella y por ella. Su libertad permite que la palabra de Dios se realice en un acontecimiento, que acontezca como Palabra a la que Dios puede dar siempre cumplimiento. Y en la Cruz, todo se renueva, todo se cumple. Se cumple el Verbo hecho carne para morir y resucitar, y se cumple la libertad de María, toda *Fiat* a la palabra del Padre. Por esto, incluso para la Virgen, el dolor coincide con la alegría misteriosa de ver realizarse la voluntad del Padre.

Para cada uno de nosotros se trata siempre de dejar que nuestra libertad se convierta en un *Fiat* que permita a la Palabra de Dios, es decir a la voluntad de Dios, realizarse en nosotros y a través de nosotros. En esto consiste el núcleo de nuestra conversión.

¡Qué misterio que la Palabra para la cual nada es imposible deba y quiera doblegarse al consentimiento de una libertad humana frágil y miserable como la nuestra para poder cumplirse! María no tenía pecado, pero tenía el sentido de su fragilidad humana, tenía la conciencia de ser una sierva miserable, como canta en el Magnificat (cf. Lc 1:48). El sentimiento de su fragilidad, vivido como humildad, no fue una objeción, sino una apertura al cumplimiento de la voluntad omnipotente de Dios.